

# Los años de los sueños

---

Abdel M. Fuenmayor P.



Conocí al Profesor Carlos César Rodríguez hace muchos años, ¿cuántos?, quizás más de treinta. Este encuentro tuvo lugar en las largas, y con frecuencia muy discutidas, reuniones del Consejo Universitario de la Universidad de Los Andes, institución a la cual ambos pertenecíamos en nuestra condición de decanos de la misma Universidad. El Profesor Carlos César Rodríguez era decano de la Facultad de Derecho y yo de Medicina. Desde el primer momento me sorprendió agradablemente la personalidad de Carlos César, un hombre sencillo, amable con plena naturalidad, sin afectación de ninguna especie, franco y con fino y amistoso humor que revelaba un carácter reflexivo y presto a ponerse por encima de las luchas truculentas y las diferencias poco significativas. Allí comenzó una amistad que se afianzó a lo largo del tiempo y de la cual hoy día me enorgullezco. Esta amistad no fue una relación social superficial en la que la gente se reúne para pasar el rato, beber algunas copas y enredarse en habladurías. No, fue algo más profundo, fue la coparticipación de ideales y la lucha por hacerlos realidades.

Me estoy refiriendo a la época, creo que el año 1958 y subsiguientes, a raíz del derrumbe de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez que durante un período de unos diez años había azotado a este país. Tomó el poder, caído el dictador, el partido político Acción Democrática que había encabezado la rebelión y había sido el principal protagonista de la lucha contra la dictadura. Fue designado como Rector de la Universidad el Dr. Pedro Rincón Gutiérrez, médico obstetra y para entonces Presidente del Colegio de

Médicos del Estado Mérida; hombre de la izquierda política y apegado a las ideas democráticas. El Dr. Carlos César Rodríguez (también de izquierda aunque no afiliado a partidos políticos) y yo fuimos nombrados como decanos, y más tarde, de acuerdo con la nueva Ley de Universidades, elegidos por la Asamblea de Profesores y confirmados en nuestros cargos representativos de la Universidad.

No sé, o no recuerdo, de dónde venía el Profesor Carlos César Rodríguez. Sé que no era, con anterioridad, como si fuimos el Dr. Pedro Rincón Gutiérrez y yo, profesores de esta Universidad. Con la nueva vida universitaria, gozando de un presupuesto varias veces mayor al que tenía en años anteriores e impulsada por el espíritu emprendedor del nuevo Rector, la Universidad se abrió, tanto al ingreso de alumnos como al de profesores, y creció rápidamente en forma considerable, no sólo en cantidad de personal sino también en diversidad de estudios y especialidades. Carlos César Rodríguez, un humanista completo, en conocimientos y en altura moral, tuvo en esta institución lugar destacado. Se distinguió por su producción literaria, especialmente en el ramo de la poesía; también del ensayo y de la novela; por la descripción de pueblos y costumbres de este país; por su dedicación al estudio y a la docencia, y por su fácil y profunda comprensión de los problemas políticos y socioculturales de Venezuela, de Latinoamérica y del mundo entero.

Pero, ¿qué era lo que queríamos este pequeño enjambre de hombres universitarios afanados por el cambio en la universidad, en el país y en el mundo? Queríamos mucho, muchísimo. Queríamos la realización de los ideales de igualdad, fraternidad, justicia, equidad para todos los hombres, mujeres y niños de la tierra; de los ideales que nos habían legado el surgimiento de la Edad Moderna en Europa y su maduración en el siglo XIX, a partir de la Revolución Francesa, ideales que contenían el sistema de la democracia representativa, la libre decisión de cada ser humano por expresar sus opiniones, orientar su conducta y sostener libremente sus ideas y la eliminación de la corrupción y el amiguismo que habían envenenado con su ponzoña el corazón, la mente y

la conducta de estos pueblos latinoamericanos y de los otros países tercermundistas. Queríamos una universidad dedicada al progreso y desarrollo del saber, a la investigación científica, a la transmisión de conocimientos y a la formación de profesionales dignos, honestos, capaces y dispuestos, sin reserva, al servicio de su país. Queríamos más todavía: acabar con la pobreza y la miseria de estos pueblos y suprimir la dependencia del poder extranjero, el analfabetismo y las epidemias y endemias remediabiles que padecían sus mayorías pobres.

Bien, ¿y qué logramos? Todos estos años transcurridos desde entonces y el que ahora estamos viviendo, ¿qué nos muestran? Nada sólido, nada sustancial, ningún cambio esencial en la marcha de estos pueblos. La pobreza y la miseria continúan, las carencias se agravan, la falta de producción (sin lo cual no hay libertad ni riqueza) es cada vez más notoria, los imperialismos persisten aunque a veces cambien de sede y de nombre, la corrupción se come la sociedad entera, la manipulación ideológica del pueblo es cada vez más acentuada y poderosa, los servicios públicos más deficientes y las masas más dóciles ante la compra por dádivas. También es cierto que los hombres como Carlos César Rodríguez cada vez son más escasos y más viejos, y poco quedará cuando esos pocos desaparezcan. Todo parece indicar que la época de los sueños ha terminado y que ahora aparece otra material, egoísta, ególatra, de aprovechadores y de dictaduras civiles o militares más o menos disimuladas. Oscilamos entre la veneración de las dictaduras comunistas — hoy día fuera de lugar en la historia e inaceptables por su efecto de sometimiento de los pueblos y los seres humanos— y la sumisión callada o aclamada al imperialismo dominante.

De aquellos sueños, nada nos queda en este mundo pleno de egoísmo, egolatría, avaricia, entreguismo, dominio explotador, corrupción y compadrazgo. En nuestro país prospera esa corrupción, la escasez, la falta de producción de bienes y servicios, el agotamiento de los servicios públicos, la criminalidad; todos aquellos vicios de los que estábamos impregnados desde hace ya algunos siglos, con breves intervalos diferentes que tampoco lograron cuajar y dar frutos. Los partidos políticos tradicionales agotaron al país y lo condujeron a un estado de decadencia; pero hoy esos vicios han continuado y algunos han empeorado. Esta imagen no es muy diferente al

transcurrir de otros países latinoamericanos y en general de los del llamado Tercer Mundo.

La historia entera del planeta está llena de estas calamidades y, por ahora, son muy pocos, poquísimos, los países donde los ideales se han realizado en una medida importante. Incluso en esos países, las catástrofes a las que se enfrenta el mundo entero son cada vez más amenazadoras: hambre, guerras genocidas, sed, cambios profundos y perjudiciales del clima, carencias de todo género y extensión de la ley de la selva. Sin embargo, pese a este horizonte más bien sombrío, el futuro siempre ofrece perspectivas distintas. Esa historia mundial está movida por el ser humano cuya característica esencial es la inconformidad. El anhelo de cambio, no importa cuál sea su rumbo. Sin ese anhelo, sin los sueños y los soñadores, sin los que se afanan y luchan por promover cambios en el statu quo no hay historia, y sin historia tampoco habría seres humanos; sólo quedarían unas semibestias: homínidos más parecidos al mono que al hombre; seres sin proyecto y sin memoria, movidos por automatismos y reflejos; sin inteligencia creadora ni espíritu de contextura ética.

Carlos César Rodríguez es un buen ejemplo de esos soñadores que mueven la historia, así sea hoy esa historia (como ha ocurrido casi siempre) un remolino de luchas entre personas, clases sociales, ambiente familiar, pueblos, países, sectas religiosas, etc. Esos soñadores que impulsan la historia hacia un paraíso de armonía, respeto por el ser humano en su consistencia esencial, justicia, igualdad en las oportunidades y satisfacción de las necesidades de cada habitante planetario. En este homenaje que hace el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico a este distinguido profesor, a este elevado ejemplo de dignidad, capacidad, ilustración, humildad, desprendimiento, dedicación al servicio de los otros, quienes quiera que sean y donde quiera que se encuentren, existe un profundo sentido y un acto por demás merecido.

Apreciado amigo Carlos César, ¡vivan los hombres como tú y ojalá que no se acaben nunca!

---

*Profesor jubilado activo de la Facultad de Medicina,  
Universidad de Los Andes. Investigador  
E-mail: afuenpe@ula.ve*